

Tlahtoanzas



Acá, en
Platicabulo
... no se
fuma

Son legión los que
caen en sus redes,
son contados los que
logran liberarse.
¿Vicio? ¿Pasión
incontrolada de un Yó
débil?

<=<=<=<^^\ / ^^=>=>=>

«Cuando un hombre
está sólo, por ejemplo,
se siente relativamente
bien; pero tan pronto
como "los otros" hacen
cosas oscuras,
primitivas, comienza a
temer que si no se une
a ellos le considerarán
tonto. Así es que deja
paso a impulsos que,
realmente, no le
pertenecen. »Carl Hung

El cuadro era enternecedor y digno de verse: la nieta, juguetona, risueña como una mañana asoleada en abril, simpática sin desperdicio pués; La amama, elegante, vestida y enojada con buen gusto...; el aitite, trajeado, con corbata, con estilo ejecutivo...; El sitio, una cafetería de buen tono; ambos abuelos, con su copa de vino cada uno, Rioja de Marca, y su infaltable cigarrillo... posando esa pose elegante que solo ciertas clases sociales saben imprimir a todas sus actuaciones públicas... Recuerdo muy bien qué, siendo pequeño, y viendo fumar a los hombres de la aldea, deseaba ardientemente crecer rápido, para poder "ser como ellos", y, por supuesto, fumar. Jugar a ser grande significaba, entre otras muchas cosas, fumar a escondidas, o sea habituación temprana por imitación de un juego, inocente sí, pero... Será perfectamente natural entonces que Naiara (así oí que llamaban a la nietita) herede los usos y costumbres de su tribu, sobre todo las de aquellos tribanos que actúan en su campo de juegos infantiles como paradigmas a imitar.

La forma en que niñas y niños se inician en el hábito de fumar puede tomar tantas formas como fumadores cautivos y furtivos existen, pero hay por lo menos un elemento de iniciación que conozco por haberlo vivido... No puedo recordar que edad tendría, pero sí que todavía no iba a la escuela, aunque sí que trabajaba, jornada completa y sin sueldo. Normalmente nos juntábamos en los montes los zagales de la aldea para paliar el fastidio del trabajo; Se fumaba una asquerosa mezcla de helechos secos con tabaco recuperado de las colillas liberadas por los adultos. Había varios chicos mayores que fumaban habitualmente y se las arreglaban para conseguir un papel de color amarillento que se usaba para envolver en las tiendas, mientras los tabacanos "profesionales", con posibles, se las ingeniaban para conseguir tabaco de verdad (cuarterón de picadura) y papel de esos que venden en esos librillos que ahora usan los marihuanos para hacerse sus porros. La mayoría de los más pequeños empezaron a fumar por el método de la provocación matona: "¿A que no te atreves?", "No eres hombre!", "Eres un gallina...!" y otras lindezas por el estilo; yo, por mi carácter más bien "contemplativo" solía evitar esos conciliábulos de iniciación, pero un día no pude eludir el encuentro, así que uno de los "tabacanos" experimentados de la tribu me lió un monstruoso canuto de la mezcla letal; me sentó tan mal que llegué con dificultad a casa y estuve enfermo varios días. Alguna vez que otra volví a probar ya de grande, pero siempre me resultó repelente, y, lo que es más importante, prefería ignorar los epítetos de los típicos "jocks" que pasar el mal rato del ritual de aprendizaje.

Una buena parte de los enganches se dan por el "ansia" juvenil de "sentirse grandes" o sea, por imitación; conozco casos que se iniciaron para tratar de parecerse al héroe cinematográfico favorito; copiaban hasta la forma de sujetar el cigarrillo con los dedos, y sobre todo la gracia de liberar las volutas de humo en forma controlada. Yo no se como se inició mi padre, que fue un fumador impenitente, hasta que el cáncer invadió su laringe y hubo de ser operado; si recuerdo en cambio qué, aún estando ya muy mal, seguía fumando a escondidas; también conocí a alguien en la misma situación de laringectomizado que siguió fumando hasta que sus pulmones ya dejaron de trabajar y se murió ahogado. Tal es la fuerza del hábito, la terquedad de la ignorancia, y la debilidad del homo fumatoris.

El tabaco, y demás géneros fumables, "están ahí", querámoslo o nó, al alcance de la mano de cualquiera, y, si les prohibimos fumar, discurseando con un cigarrillo en la mano... no les estaremos precisamente reforzando la voluntad de resistir al impulso imitatorio, digo yó vamos.

